


OA

Pi

TU

LO3



Por fuera, la caravana se asemeja a un termo de color plateado recostado y frío, pero por dentro siempre me pareció acogedora. En el fondo, junto a una de las paredes, hay una pequeña mesa, y a su lado se encuentra mi cama reclinable, que también funciona como asiento. La cocina es un espacio bastante reducido en el que solo caben un lavabo, un refrigerador, un horno y un microondas. El baño cada año parece más pequeño, y eso que mis padres le cambiaron la regadera por una más grande. Con la regadera anterior me hubiera resultado prácticamente imposible lavarme las piernas sin la necesidad de hacer ejercicios de precalentamiento antes de tomar una ducha. En el otro extremo de la casa rodante, se encuentra la habitación de mis padres, que tiene espacio suficiente para la cama, un pequeño clóset, y un escabel para apoyar los pies. En este momento, la

puerta se encuentra cerrada, pero puedo escuchar a mamá roncar, mientras descansa luego del largo viaje.

Una punta de mi cama toca el mueble de la cocina, sobre el cual se encuentra una despensa de madera. Clavo una tachuela blanca en la tapa. A mi lado, encima de la mesa, están los portarretratos de Rachel y Elizabeth, que sujeté con un listón brillante color verde para poder colgarlos juntos. Hago un nudo en un extremo de los listones y los sujeto con la tachuela. De esta manera, mis amigas podrán estar conmigo cada día.

–Bienvenidas a California –les digo, entusiasmada.

Me desplazo hasta la cabecera de la cama y corro las cortinas.

De pronto, un árbol de Navidad se desploma sobre la ventanilla y grito muy asustada. Las ramas se mueven de un lado a otro contra el vidrio, mientras alguien lucha para poner el árbol de pie.

Andrew inspecciona la ventanilla a través de las ramas para asegurarse de no haber roto el vidrio. Se sonroja al verme, y yo miro hacia abajo para asegurarme de estar vestida luego del baño. Recuerdo que, en varias ocasiones, al salir de la ducha matinal, caminé por la caravana tapándome solamente con una toalla, antes de darme cuenta de que muchos chicos de mi edad trabajaban allí afuera.

El año pasado, Andrew fue el único chico que me invitó a salir. Lo hizo por medio de una nota pegada en mi

ventana. La idea era ser tierno, supongo, pero lo primero que se me cruzó por la cabeza fue la imagen de él caminando en la oscuridad a solo metros de donde yo me encontraba durmiendo. Por suerte, tuve el valor de decirle que no sería correcto salir con alguien que trabajara aquí. Si bien esto no es una regla general, mis padres, en reiteradas ocasiones, me hablaron de lo incómodo que sería involucrarse con alguien del trabajo.

Mamá y papá se conocieron cuando tenían mi edad, y él trabajaba con sus padres en este mismo lote. La familia de mamá vivía a pocas calles de aquí, y un invierno el amor fue tan intenso entre ambos que papá decidió volver para el campamento de béisbol ese mismo verano. Luego de casarse y quedar a cargo del lote, comenzaron a contratar a algunos jugadores de béisbol del equipo escolar que querían ganar algo de dinero extra durante las vacaciones. Cuando era más chica, esto no era un problema, pero ni bien entré en la adolescencia, aparecieron cortinas nuevas y aún más pesadas dentro de la casa rodante.

Como no puedo escuchar lo que Andrew me dice desde el otro lado de la ventanilla, logro entenderle un “lo lamento” por el movimiento de sus labios. Finalmente, logra enderezar el árbol y lo aparta unos metros para que las ramas de abajo no toquen ningún otro árbol cercano.

No tiene sentido dejar que una situación incómoda nos impida tener un trato amigable, por lo que abro un poco la ventanilla para hablarle.

–Entonces, de nuevo aquí por otro año.

Andrew mira a su alrededor para confirmar que es a él a quien le hablo. Luego me devuelve la mirada, mientras guarda sus manos en los bolsillos.

–Es bueno verte de nuevo –me responde.

Es fabuloso ver trabajar a las mismas personas durante varias temporadas seguidas, por eso, este año debo tratar de no dar una imagen errónea de mí.

–Escuché que también volvieron otros chicos del equipo de béisbol.

Andrew mira el árbol más cercano y le arranca un par de hojas.

–Sí –contesta, indiferente.

Enfadado, arroja las hojas al suelo y se marcha.

Sin dejar que esto me afecte, abro aún más la ventanilla y cierro los ojos. El aire nunca será el mismo que en casa, pero se asemeja. La vista es muy diferente también. En lugar de ver los árboles crecer sobre las colinas, aquí se encuentran amontonados en plataformas de metal dentro de un lote de tierra. Y en lugar de ver cientos de metros de plantación que se pierden en el horizonte, aquí solo se pueden ver unos pocos metros que terminan en la avenida *Oak Boulevard*. Al otro lado de la calle hay un estacionamiento abandonado junto al supermercado. Por tratarse del Día de Acción de Gracias, el mercado de McGregor se encuentra cerrado desde temprano.

McGregor tiene su tienda en ese mismo lugar desde

mucho antes de que mi familia comenzara el negocio de la venta de árboles en la ciudad. Es el único local en toda la comunidad que no pertenece a ninguna cadena importante. El año pasado, el dueño les dijo a mis padres que posiblemente no seguiría con el negocio para cuando ellos regresaran. Por eso, cuando papá llamó a casa hace unas semanas, lo primero que le pregunté fue si la tienda de McGregor estaba abierta. Recuerdo que, cuando era niña, disfrutaba mucho cuando mamá y papá se tomaban un descanso del trabajo y me llevaban a hacer las compras. A medida que fui creciendo, comenzaron a prepararme la lista y yo debía encargarme de ir a la tienda, sola. Pero en estos últimos años, debo ocuparme tanto de armar la lista como de realizar las compras.

Sigo con la mirada un auto blanco que pasa por la avenida, seguramente, para inspeccionar si el local de McGregor realmente se encuentra cerrado. El conductor aminora la velocidad al pasar frente a la tienda y luego se marcha a toda prisa.

—¡Seguro que se olvidó la salsa de arándanos! —papá grita desde algún lugar entre los árboles.

Los muchachos del equipo de béisbol se ríen a carcajadas.

Todos los años, en este mismo día, papá hace chistes sobre aquellos conductores que se alejan a toda velocidad del local de McGregor al encontrarlo cerrado. Frases como “¡No es lo mismo sin el pastel de calabazas!” o “¡Al parecer

alguien se olvidó el relleno del pavo!” provocan que los chicos del equipo se rían a carcajadas.

Veo a dos de los muchachos mover un pesado árbol a un costado de la caravana. Uno de ellos tiene el brazo oculto entre las ramas del medio, mientras que el otro lo sigue, sosteniendo el tronco. Ambos se detienen para que el primero se acomode. El otro, mientras espera, mira hacia la ventanilla y cruza miradas conmigo. Sonríe y luego le susurra a su compañero algo que yo no logro oír, lo que provoca que también me mire.

Sorprendida, me paso la mano por el cabello para asegurarme de no estar despeinada, aunque no tengo ni la más mínima intención de impresionarlos, sin importar lo lindo que sean. Entonces, los saludo y me marchó.

Al otro lado de la puerta de la casa rodante, alguien se limpia la suela de sus botas contra los escalones. Si bien no ha llovido desde que papá preparó el lote antes del invierno, el suelo afuera siempre está húmedo. Varias veces al día, rellenamos con agua las plataformas que sostienen a los árboles y rociamos las hojas con atomizadores.

Alguien golpea la puerta.

Apenas la termino de destrabar, Heather la empuja con fuerza y grita. Su cabello oscuro y ondulado se mueve de un lado a otro mientras levanta las manos para abrazarme con cariño. Me río de su voz chillona y la sigo hasta mi cama, donde observa detenidamente las fotos de Rachel y Elizabeth.

–Me las regalaron antes del viaje –le comento.

Heather señala la imagen superior.

–Ella es Rachel, ¿no es así? ¿Se supone que está escapando de los paparazzi?

–Uh, se pondrá muy contenta cuando sepa que has entendido la idea –le contesto.

Heather se mueve hacia la ventanilla para ver hacia afuera y golpea el vidrio con un dedo. Uno de los jugadores de béisbol mira hacia donde estamos nosotras. Llevaba una caja de cartón que contenía la inscripción “muérdago” hacia la carpa principal verde y blanca que llamamos *la Administración*. Allí es donde telefoneamos a los clientes, vendemos algunos accesorios y exponemos los árboles cubiertos con nieve artificial.

–¿Has notado que los jugadores del equipo de este año son muy lindos? –me pregunta sin mirarme.

Claro que lo noté, pero sería mucho más sencillo no haberlo hecho. Si papá se llegara a enterar de que yo coqueteo con uno de los empleados, seguramente le haría limpiar los baños químicos para que el mal olor me espante, algo que, sin duda, lograría.

No es que yo quiera salir con alguien de aquí, sea un empleado del lote o no. Pero ¿por qué me aferraría a alguien que, al final, desaparecerá de mi vida luego de Navidad?